

## Escribiendo entre raíles

Una horrible musiquilla ha sonado a las seis de la mañana. Me he incorporado de prisa para apagar mi despertador, y ya con el ceño fruncido, he ido al baño. Hoy es de esas mañanas en las que cualquier cosa me puede enfadar, y el hecho de que deba darme prisa si no quiero llegar tarde a la universidad no ayuda para nada. Me pongo lo primero que encuentro en el armario y desayuno tan rápido que casi me atraganto con el café. Y tras plantar un beso en la cabeza de mi perra, salgo de casa.

A continuación, camino por las calles desiertas de mi ciudad, y siento cómo el frío invernal atraviesa mi cuerpo. En momentos así, extraño cuando mi madre insistía en que usara aquel abrigo horrible, solo porque era el que más abrigaba. Casi me resbalo al bajar un escalón, ya que el suelo está repleto de hojas caídas. El camino se hace eterno, no soporto las solitarias aceras madrileñas de madrugada. Siento un miedo constante, ese que me suele acompañar cuando paseo sola por la calle, sin embargo, hoy me acecha más que nunca, noto su aliento en la nuca, y un escalofrío que recorre mi columna. Como no quiero parecer una niña y echar a correr para alcanzar más rápido la estación, decido hacer lo que mi madre me enseñó cuando era pequeña, pensar en cosas bonitas, así que recuerdo que en menos de diez minutos estaré con mi persona favorita: Oliver.

Es el chico con el que llevo saliendo apenas un par de meses, pero estoy casi casi segura de que es el amor de mi vida. Acabo de sonar como una adolescente que no tiene ninguna experiencia en este mundo caótico, pero de verdad que siento que es la típica historia de amor que dura toda una eternidad. Cuando mi mejor amiga me lo presentó, fue tal el flechazo que ya pensé en el nombre de nuestro futuro hijo, después me dijo que estudiaba ingeniería ferroviaria en la misma universidad que yo, y como de costumbre, no pude disimular mi emoción. Sentí como todas las facciones de mi cara se enrojecían, pero nada se compara al color de esta cuando tuvimos nuestra primera cita, que, como no podía ser de otra forma, fue un desastre. Para empezar, llegué tarde, y por si eso fuera poco, olvidé mi cartera, y tuvo que pagar él toda la cena. Creo que lo que hizo que me enamorara finalmente, es que sin importar lo que ocurra, para Oliver siempre va todo bien. Es genial tener a una persona que te haga olvidar todas las urgencias cotidianas por un rato.

Estoy llegando, y llevo una sonrisa en la cara. Me siento a esperar en las escaleras, y continúo pensando en él, en nuestro futuro juntos. Oliver, desde niño, ha soñado con ser un gran maquinista, como su abuelo, y tengo claro que va a cumplir este gran sueño, y todos los que se proponga. Anhele su sueño casi tanto como el mío, convertirme en una gran escritora y tejer mundos con palabras. He amado la escritura desde que la memoria me alcanza, pero en mi infancia todo parecía fluir con una facilidad que ahora añoro. Poco a poco me voy dando cuenta de que escribir no es solo juntar palabras y verbos con un lápiz y un papel, sino dibujar el alma con palabras, y dejar que el corazón hable en silencios que perduran. Siempre he dicho que escribir es una de las tareas más desafiantes a las que se enfrenta el ser humano, pues la escritura enfrenta tus pensamientos a la verdad más cruda, y en ella cada palabra exige un pedacito de ti. Ese es el motivo por el que veo mi sueño desvanecerse poco a poco, como un globo que se escapa lentamente, convirtiéndose en un diminuto punto que roza el infinito.

Entonces me doy cuenta de que ya son las siete, y Oliver no ha llegado. Vamos a llegar tarde otra vez y, por décimo día consecutivo, será su culpa. Saco la pequeña libreta que siempre llevo en el bolsillo, por si el fresco aire matutino me inspira alguna idea para empezar a escribir mi próxima historia. Cojo un lápiz y me esfuerzo por pensar, sin éxito. Movida por la frustración, guardo velozmente las cosas, y mi enfado con Oliver por su tardanza alcanza niveles estratosféricos. Siento cómo el humo está a punto de salir por mis orejas, pero entonces lo veo, caminando con ese aire despreocupado que tanto lo caracteriza. No me da tiempo a enfadarme como hubiera deseado, ya que el tren acaba de llegar a la estación en este mismo instante, por lo que corremos para subir y tomar asiento. Oliver se disculpa brevemente, pero no tengo ganas de escuchar la excusa barata que ha preparado para hoy. En lugar de eso, vuelvo a sacar mi libreta y escribo la fecha de hoy: 11 de marzo del 2004.

Al verme, me pregunta qué estoy escribiendo. No sé si es por no saber qué responder o por seguir tan enfadada, pero decido mirarlo con desdén e ignorar su pregunta. Entonces, arranca el cuaderno de mi mano sonriendo con autosuficiencia. Al ver que no he escrito nada, se da cuenta de que, como de costumbre, ninguna idea me convence, y con algo de pena me la devuelve. Se disculpa de nuevo y soy incapaz de seguir enfadada con él, por lo que dejo que me abrace.

Unos minutos más tarde, el chico sugiere darme algunas ideas para mi nueva historia. No suena nada mal, así que acepto. Pero cuando comienza a proponerlas, me doy cuenta de que todas giran en torno a superhéroes, trenes, villanos y más trenes. Y, teniendo en cuenta que quiero escribir una historia de amor, sus sugerencias no me convencen en lo más mínimo. Considero que lo mejor es cambiar de tema, así que dejo que Oliver me hable sobre el modelo de tren en el que nos encontramos, ya que se muere de ganas de hacerlo desde que hemos puesto un pie en él. Resulta ser un 450 de dos plantas, y a mí me parece un tren completamente normal, pero el entusiasmo que resaltan sus ojos me dice lo contrario. Resulta ser uno de sus modelos favoritos, por lo que comienza a relatarme toda su historia de principio a fin. Su conocimiento sobre rutas, modelos y estaciones es tan amplio que sus amigos lo llaman “guía ferroviario ambulante”, y con razón. Cuando termina de compartir sus fascinantes datos, de sus labios brota una frase que cala en lo más hondo de mí: “Si lo piensas, los rieles de un tren son como la vida, llena de rutas ya trazadas que solo debemos recorrer hasta llegar al final”. Estoy tan fascinada por sus palabras como en desacuerdo, porque creo firmemente que cada persona crea su propio destino. Para mí, la vida es un libro en blanco que vamos escribiendo a lo largo de los años. Cada persona de este tren cuenta con su propia historia, que empieza a escribir cada mañana al subir a su vagón. Es asombroso cómo los trenes parecen ser refugios de infinitas historias y vidas entrelazadas, que van cerrando capítulos hasta alcanzar su final.

Pronto alcanzaremos Atocha, donde debemos hacer traspunto para coger el tren que nos llevará a la universidad, así que aviso a Oliver y me levanto. Normalmente, los trenes están abarrotados a estas horas de la mañana, pero hoy hay tanta gente que empiezo a dudar si podré salir. De pronto, un ruido ensordecedor atraviesa el aire, tan fuerte que hace que el suelo tiemble bajo mis pies. Es como si el tiempo se detuviese por un instante, un parpadeo eterno que me deja congelada. El caos se desata a mi alrededor, el humo llena el vagón, y el miedo se apodera de todo: de mi cuerpo, del lugar, del mundo

entero. No entiendo lo que está pasando, pero algo en mi interior me dice que nunca volveré a ser la misma. La fragilidad de la vida me golpea con fuerza, sin previo aviso, mostrándome de repente cuán efímera es. Y me doy cuenta de que, quizás, Oliver tenía razón, y estamos a punto de conocer el final de nuestras vías.

Mi cuerpo permanece inmóvil, y lo único que puedo sentir es el latido frenético de mi corazón, y que una sensación extraña y oscura se instala en mi pecho. No sé si estoy despierta o si esto es una pesadilla, pero siento dolor, mucho dolor, un dolor que jamás he sentido antes. Trato de reunir el poco coraje que me queda para abrir los ojos, pero no lo encuentro. Grito con todas mis fuerzas el nombre de Oliver, y siento un gran alivio al escuchar su voz. Tengo claro que es suya porque es la más bonita que conozco, la que siempre me ha calmado, pero también que esta voz ya no es de aquel chico que conocía hace tan solo un par de minutos. Me armo de valor y por fin los abro, pero soy incapaz de mantenerlos cuando observo la de vidas rotas que hay en este vagón, mire donde mire solo hay desesperación, y no puedo soportarlo. Entonces dejo caer las lágrimas que tantas ganas tenían de recorrer mis mejillas y todo a mi alrededor continúa deshaciéndose. La gente empuja, tropieza, pero yo sigo ahí, como si el tiempo se hubiera detenido solo para mí. Siento unas manos que me ayudan a levantarme, pero en cuanto intento mantenerme en pie, el dolor en mi pierna me hace caer de nuevo. Alguien me agarra del brazo, me arrastra fuera del tren, y me percató de que no estoy soñando, es una pesadilla tan horrible como real, y no ha hecho más que empezar.

Oliver me deposita con ternura sobre el suelo, y siento cómo el hilo de sangre que emana de mi pierna se expande sin cesar. Intento aferrarme a él, buscando refugio en sus brazos, anhelando que me aparten de esta agonía insoportable. Pero al deslizar mis dedos por su pelo, solo encuentro frío. Las sirenas y los llantos continúan resonando, pero en algún momento, esos sonidos se desvanecen, y caigo en un sueño profundo, un abismo silencioso que parece no tener final.

De pronto despierto, mis sentidos regresan uno a uno: vuelvo a ver, escuchar, sentir, y me doy cuenta de que estoy en un lugar muy diferente, en un hospital. Junto a la cama hay una mesilla, donde descansa mi libreta, esa fiel compañera que atesora mis pensamientos. Me invade la urgencia, y me incorporo con torpeza, dominada por una necesidad desesperada: saber que Oliver está bien, que todo está bien. Necesito sentir el cálido abrazo de oso de mis padres, el consuelo de escuchar la voz de mi mejor amiga, el beso del chico al que amo... Necesito aferrarme a la vida, pero no parece tarea fácil, pues siento que esta terminó aquel fatídico 11M.

Con apenas 18 años, la vida aún se siente como una página en blanco, repleta de sueños y promesas esperando ser escritas. Pero en el tren de Atocha, todo cambió. Como si unas sombras crueles y sin sentido hubieran caído de golpe, borrando oportunidades, destruyendo palabras, dejando mi historia inconclusa, a merced de una oscuridad que nunca pedí.

A continuación, cojo mi libreta con la intención de dar forma al caos que me consume, de expresar de alguna forma el nudo de sentimientos asentados en mi cabeza. Pero al abrirla, descubro que está destrozada, páginas rotas, manchadas, como si hubieran atravesado la misma tormenta que yo. Sin embargo, hay una que permanece intacta, encabezada por la fecha de aquel día que marcó mi vida.

Las palabras en ella permanecen apenas legibles, pues no son mías. La caligrafía, torpe y apresurada, me obliga a esforzarme para descifrarla, sin embargo, no necesito mucho tiempo para reconocer su origen. Es su letra. Es Oliver.

“Elena, eres la chica más increíble de este planeta. Jamás olvidaré tu manera de sujetar el cuaderno, como si abrazaras un mundo que solo tú puedes crear. Tu sonrisa, esa que todo lo ilumina cuando lees en voz alta, y tu terquedad al hablar del destino, esa creencia tuya de que las historias, como las vidas, pueden cambiar de rumbo con suficiente valentía.”

Mi pecho se contrae. Mis manos tiemblan, pero sigo leyendo, como si desde este papel pudiera escuchar su voz:

“Parece mentira, pero en medio de este caos, cuando todo parece desmoronarse, he encontrado la idea perfecta para tu próxima novela: haz que nuestra historia siga viajando, como un tren que nunca se detiene. Que cada página sea una prueba de que el amor verdadero no solo existe, sino que tiene la fuerza de cambiarlo todo. Cuéntale al mundo entero cómo nos encontramos, cómo soñamos, cómo aprendimos a amar entre libros y rieles. Haz que nuestra historia sea la chispa que inspire a otros a creer, incluso cuando todo parece perdido”

En la última línea, la letra se hace más irregular, pero cada palabra parece haber sido escrita desde el corazón, y se convierte en un regalo que nunca esperé recibir:

“Para mi Elena, quien me mostró que los trenes no solo llevan pasajeros, sino también historias que nunca se detendrán. Tú eres mi viaje más bonito”.

Las lágrimas caen sin control mientras presiono la página contra mi pecho. Sus palabras me atraviesan como un enigma cruel. ¿Por qué se despide? Mi mente se aferra a la esperanza de que sea solo una de sus bromas pesadas, pero esta vez no hay rastro de gracia en ella. Me incorporo, decidida a buscarlo, cuando de pronto un grupo de personas irrumpe en la habitación.

Primero mi madre, con los ojos enrojecidos por el llanto, seguida de mi padre, que sostiene su mano con una ternura que jamás le había visto. Entre ellos se asoma mi hermana, cargando un ramo de flores tan grande que casi no puedo verla. Y allí está también mi mejor amiga, con sus mejillas teñidas de un rojo abrasador. Más allá, diviso a la familia de Oliver, agrupada en un silencio pesado, pero por más que busco entre la multitud, él no está. La ausencia se cierne como una sombra que no puedo ignorar.

Entonces todos hablan sin parar, las palabras se enredan en el aire, pero se ahogan en el estruendo de mi propio corazón. Y tras un par de minutos, logro abrir la boca para pronunciar la pregunta que lleva ardiendo en mi garganta desde hace rato: ¿Dónde está Oliver? Mis ojos recorren los rostros de mis seres queridos, buscando una respuesta que ninguno parece atreverse a dar. Cuando finalmente me detengo en el de su madre, lo entiendo todo sin necesidad de palabras. La verdad está allí, grabada en su expresión rota. No era una broma, Oliver ya no está.

La realidad me golpea como una ola helada, implacable. No puedo aguantarlo. Estoy cansada de este dolor que no deja de desgarrarme, y este es el más feroz, el más profundo, el más cruel que jamás haya sentido. Noto mi alma rompiéndose cachito a

cachito cuando pienso en el futuro que nos prometimos juntos, en los viajes, en los besos, en la sonrisa que me prometió que jamás dejaría de acompañarme. Reflexiono, pienso, me enfado. Me enfurezco como nunca con la vida, con el maldito destino en el que tanto confié. Oliver, por una vez, estaba en lo cierto, el destino es caprichoso, impredecible, pero sobretodo, cruel. Me culpo por no haber disfrutado más de cada momento a su lado. Me percató de que, si mi vida fuese un tren, me la he pasado entera esperando en la estación el próximo vagón. Sin aún lograr comprender que hay algunos que solo pasan una vez.

Y me enfurezco aún más, porque no es justo que me vea obligada a entender la vida de esta forma. Así, de repente, sin previo aviso, en el peor momento de mi existencia. Sin embargo, si algo me enseñó Oliver fue que lo mejor de esta vida es quedarse con lo bonito, y cuando finalmente me doy cuenta de que he comprendido su filosofía, sonrío al imaginarme lo orgulloso que estaría de mí.

Los que me rodean se quedan atónitos ante mi sonrisa, y el padre de Oliver, se acerca con paso tranquilo para entregarme lo que lleva en la mano. Es un dibujo, y conozco perfectamente a su autor: Oliver. Me explica que encontró este boceto en la mesa de la cocina. Lo observo con detenimiento, y me doy cuenta de inmediato de que se trata de su tren favorito, el modelo en el que nos subimos en el día de su muerte. Es precioso, y está repleto de colores. Colores que no pertenecen al tren, pero sí a Oliver, un chico de infinitas tonalidades. En la esquina inferior destaca un nombre escrito en morado: Elena. Es el nombre que Oliver escogió para su tren soñado.

Mi sonrisa crece, si es que eso es posible, pero se desdibuja en cuanto logro conectar los puntos de todo lo sucedido. Nunca escuché a Oliver cuando trató de excusarse porque se había retrasado esa mañana, y me atrevo a apostar cualquier cosa a qué este dibujo tuvo algo que ver.

Sé que debería sentirme disgustada, romper este papel en mil pedazos, sin embargo, hay algo en mi interior que me susurra que no lo haga. En lugar de eso, decido cumplir el último deseo de Oliver. Me prometo escribir la historia de amor más bonita que jamás alguien haya imaginado, con su precioso boceto como portada. El mundo entero conocerá su nombre, porque el terrorismo nos arrebató el futuro, destrozó los sueños de personas inocentes, pero jamás podrá borrar el amor que compartimos, ni el impacto de alguien que vivió con valentía. Esta historia será mi rebelión, la prueba de que ni la oscuridad ni el sufrimiento pueden apagar la luz del amor verdadero.